



En 1970, 46 empleadas de Newsweek anunciaron que demandarían a la revista bajo los términos de la Ley de Derechos Civiles de 1964.

CUANDO LAS MUJERES DICEN “NO”

La revolución que cambió Estados Unidos —y estremeció las salas de noticias.

POR ELEANOR CLIFT

LA MAÑANA de un lunes de marzo de 1970, *Newsweek* apareció en los puestos de periódicos con la portada “Women on Revolt” (Revuelta de mujeres), marcando la primera vez que el movimiento femenino era tratado con seriedad en una revista noticiosa importante (la publicación *Ms.*, Biblia del movimiento, no saldría a la luz sino hasta el año siguiente). Sin embargo, la satisfacción que pudieran experimentar los señores editores sobre su emprendedor trabajo reporteril fue disipada en una conferencia de prensa convocada por las empleadas de *Newsweek*, esa misma mañana, para anunciar que iban a demandar a la revista por discriminación de género.

Las consecuencias del litigio —que ganaron las mujeres— erosionaron la cultura machista imperante, introduciendo a las mujeres en el debate y cambiando la labor reporteril de *Newsweek* en infinidad de temas que, con el paso de las décadas, transformarían la vida que alguna vez conocí.

La actitud hacia las mujeres era bastante retrógrada en aquellos días. Antes de convertirme en periodista, fui asistente en la oficina de Atlanta y recuerdo claramente la ocasión en que Katharine Graham (editora de *Newsweek*) nos visitó en la corresponsalía. Concluidas las entrevistas, tuvimos que llevarla por la escalera trasera al salón que habíamos reservado para el almuerzo en el apelmazado Club de Comercio, exclusivamente masculino. Lo absurdo de la situación fue motivo de risas, aunque todas sabíamos que no existía (aún) la menor posibilidad de

cambiar el sistema. Peter Goldman, escritor estrella de la oficina de Nueva York, recuerda que tras la muerte de su marido, Phil, la señora Graham tuvo que tomar las riendas de *Newsweek* y *The Washington Post* —y como la única mujer de varios consejos corporativos, a menudo era pasada por alto cuando hacían encuestas sobre alguna política empresarial.

La célebre demanda por discriminación de género me abrió las puertas para transformarme en reportera en una época en que comenzaban a caer las barreras para las mujeres y la revista, como el resto del país, empezaba a percatarse de las ambiciones, los talentos y las destrezas de la mitad de su población. Desde mi perspectiva, cada paso adelante era casi un pequeño milagro.

Llegada la primavera de 1977 me desempeñaba como corresponsal en la Casa Blanca cuando Jody Powell, secretaria de prensa del presidente Carter, me tocó en el hombro para informar que el Presidente quería verme. Estábamos preparando un artículo sobre Rosalynn Carter y la decisión ejecutiva de enviarla a representar a su esposo en América Latina. Una primera dama que viajaba sola en capacidad oficial se convirtió en un incidente sorprendentemente controvertido y por todas partes se escuchaba la protesta: “¿Quién la eligió?”, de modo que *Newsweek* comisionó una encuesta para sondear la opinión pública. Al entrar en la Oficina Oval, Carter exclamó: “Ha venido aquí para hablar de mi Eleanor”. A todas luces, hacía referencia a Eleanor Roosevelt, el estándar de oro del activismo de





las primeras damas, aunque casualmente Eleanor era también el primer nombre de Rosalynn. Carter se adelantó a su época declarando que su esposa era su socio igualitario en la presidencia y nunca permitió que la presión pública le hiciera cambiar de opinión (en cuanto a mí, concluí que aquello era parte del trabajo de un reportero de la Casa Blanca –ser convocado a charlar con el mandatario con cierta regularidad. Sin embargo, nunca volvimos a hablar en privado).

Hacia falta crear conciencia tanto en las oficinas editoriales de *Newsweek* cuanto en Washington, D.C. y las cocinas y alcobas de todo el país. Cuando Gloria Steinem, avatar del movimiento feminista, figuró en la portada de agosto de 1971, el texto acompañante la describía como “La nueva mujer: liberada a pesar de la belleza, la elegancia y el éxito”. Graham, inicialmente recelosa del feminismo, entregó 20 mil dólares a Steinem para *Ms*.

Para 1975 aparecieron los primeros nombres colaboradores prominentes, de modo que escritores y reporteros comenzaron a disfrutar de reconocimiento y de esa guisa, se hizo patente el ascenso de las mujeres por el escalafón editorial. De hecho, la revista estaba tan deseosa de alardear de sus logros que en cierta ocasión Merrill McLoughlin, escritora de educación, recibió la petición de utilizar su apodo (*Mimi*) en un artículo que preparó para la sección de Asuntos Nacionales, donde describía la Conferencia Internacional de la Mujer celebrada en Houston en 1977. A todas luces, el editor consideró ambiguo el nombre de pila, pero McLoughlin se negó, argumentando que Merrill era su nombre profesional. Por supuesto, hubo muchos otros momentos incómodos, como cuando los editores se percataban, de último minuto, que necesitaban una mujer para el almuerzo Top of the Week en el comedor de *Newsweek*. Fue así como McLoughlin se sentó cierta vez junto a Steve Jobs, “dolorosamente consciente de ser la única mujer y sin saber de él más que lo que había leído de pasada. Era la persona menos indicada para compartir la mesa [con Jobs]”.

Dudo que muchos hombres hayan tenido la sensación de estar en el lugar equivocado, aunque varones y mujeres tuvieron que pasar por muchos incidentes desagradables mientras se habituaban a su nueva condición. En 1978, durante una sesión de artículos de portada, Lynn Povich (una de las que encabezó la demanda contra *Newsweek* y posteriormente fue la primera

editora de la revista) propuso el tema “Cómo están cambiando los hombres”. Los demás editores se burlaron, diciendo que seguramente tenía dificultades para conseguir citas después de su reciente divorcio. “Respondí con el argumento de que había que investigar cómo era posible cambiar a la mitad de la población sin afectar a la otra mitad”, recuerda. Su sugerencia se impuso y el dibujo de la portada mostró a un hombre vestido con delantal, revolviendo una olla en la estufa mientras vigilaba a una niña que jugaba con su muñeca. Al reflexionar sobre el trabajo reportero de aquellos días, Povich cuestiona: “¿Acaso nos adelantamos a la época o solo estábamos reflejando las costumbres?”. Como haya sido, el hecho era que los tiempos cambiaron.

Comenzaron a proliferar reportajes sobre medicina y salud, muchos de ellos a cargo de Jeanie Seligmann, ascendida a escritora después de la demanda y creadora de artículos pioneros en el tema. Toda vez que un asunto relacionado con la mujer hacía noticia –cáncer de mama, anticoncepción, el escudo de Dalkon y sus efectos secundarios–, Seligmann los abordaba con una pasión que, cierta vez, motivó el siguiente comentario de uno de sus amigos: “Tus intereses abarcan del ovario al muslo”. A principios de los años setenta Seligmann realizó el primer reportaje importante sobre la anorexia y su incidencia para una revista prestigiada; y como revisora del libro *Our Bodies, Ourselves*, fue obligada a cambiar el término “violación” por “ataque”. No obstante, sus colegas varones manifestaban “sincero” interés en los artículos sobre salud femenina. “Devoraban cualquier cosa que incluyera la palabra ‘seno’”, recuerda Seligmann, “sobre todo si presentaba imágenes, aunque fueran dibujos”.

La solidaridad femenina trascendió las fronteras políticas de la época. En el Congreso, la representante demócrata Patricia Schroeder fue copresidenta de la Comisión Electoral Femenina con la republicana Olympia Snowe. Juntas, aprovecharon el quehacer mediático para explotar y desafiar la histeria que solía caracterizar la lucha por la Enmienda sobre Igualdad de Derechos (que, en buena medida, no consiguió disipar las inquietudes por la presencia de mujeres en combate y los baños unisex) y consiguieron la aprobación del Título IX, que confirió a mujeres y niñas la igualdad deportiva. Schroeder recuerda los ataques de legisladores indignados que creían comprometidos los deportes masculinos; incluso un congresista de Ohio

Con sus reportajes sobre una época cambiante, la revista reflejó el nuevo papel de las mujeres –y los hombres– estadounidenses.

La demanda contra *Newsweek* me abrió las puertas para convertirme en reportera.



JUDY GINGOLD



FAY WILLEY



JANE QUINN



TRISH REILLY



JEANIE SELIGMANN



LYNN YOUNG (POVICH)



LIZ PEER



MARIANA GOSNELL



Ascendida a reportera, Eleanor Clift (derecha) cubrió el encuentro de 1976 entre el presidente Carter y los economistas de Georgia.

“¿Nos adelantamos a la época o solo reflejamos sus costumbres?”.

le dijo que si votaba por la medida, jamás volvería a conseguir entradas de cortesía para sus eventos deportivos favoritos.

La experiencia de la hermandad femenina fue poderosa. Cuando las beneficiarias del Título IX obtuvieron el oro olímpico en 1984 y fueron al Capitolio a dar gracias a los valerosos legisladores que votaron a favor, el senador de Carolina del Sur, Strom Thurmond, exigió que lo retrataran con las atletas. Pero las jóvenes, sin dejar de sonreír, se negaron cortésmente y explicaron que semejante imagen confundiría al público, porque Thurmond no había apoyado la legislación. Ese mismo año, cuando Geraldine Ferraro fue nominada a la vicepresidencia, me encontraba en el pleno de la convención demócrata junto con muchas otras mujeres. Gran cantidad de delegados y reporteros nos habían dado sus pases por tratarse de un momento muy especial; todas teníamos lágrimas en los ojos. En 1992, el Año de la Mujer, cuando un récord de legisladoras fueron electas al Congreso, un representante declaró que había tantas mujeres en el Capitolio que el lugar más parecía un centro comercial. “Recuerdo que le pregunté: ‘¿Pues en dónde hace sus compras?’”, repuso Schroeder, agregando que las mujeres apenas representaban 10 por ciento del cuerpo legislativo.

Siempre atinada en sus comentarios, Schroeder fue citada a menudo en la página Perspectivas de *Newsweek*, que apareció por primera vez en la década de 1980 como parte del nuevo diseño editorial. En una de sus agudezas más famosas describió a Reagan como “el presidente Teflón”. Cuando la legisladora se postuló para la presidencia nacional en 1988, se condujo con absoluta seriedad, pero concluida la competencia, no pudo contener el llanto y fue duramente criticada por reforzar el estereotipo de la mujer emocional. “*Newsweek* hizo un reportaje muy llano”, reconoce, aunque otros medios no mostraron la misma clemencia. Una joven escritora de editoriales dijo sentirse “muy avergonzada [el gesto] hizo retroceder siglos la causa de las mujeres”. Por toda respuesta, Schroeder llevó una “carpeta de llanto” durante muchos años, en la cual anotaba los nombres de todos los políticos que eran aplaudidos por derramar lágrimas en público y así, al postularse nuevamente, declaró: “Tal vez Kleenex deba ser mi patrocinador corporativo”.

Cuando Hillary Clinton llegó a Washington como primera dama, pareció que habían activado algún interruptor. De pronto, la esposa del Presidente era la figura central: una mujer que encarnaba las luchas culturales de la década de 1970, tan ambiciosa y educada como su marido. “Compre uno y llévese uno gratis”, era el mantra Clinton. Hillary introdujo el tema de la atención médica universal, desafiando al Congreso y arrancando las mismas protestas (“¿Quién la eligió?”) que persiguieran a Rosalynn Carter una generación atrás. Cuando los esfuerzos de reforma de Hillary quedaron paralizados en el Capitolio, fui convocada a una sesión no oficial con la primera dama en su despacho del segundo piso en el Ala Occidental. Estábamos solas, sin asistente alguno. Me habló de los compromisos privados que había obtenido de demócratas y republicanos por igual, y de cómo los legisladores no se “atrevían” a votar contra la cobertura universal. Qué pasaría si no lograba su objetivo, pregunté. Con un movimiento del brazo, respondió: “Puedo viajar”. Y eso hizo, desviando sus esfuerzos de la política hacia el ideal de marcar la diferencia en otros ámbitos, como cuando declaró en Beijing, durante la Conferencia sobre las Mujeres de 1995: “Los derechos de la mujer son derechos humanos”.

Luego de las elecciones de 1994, el Congreso estaba en manos de una nueva raza de legisladores que la emprendieron contra los Clinton. Las nuevas congresistas habían afilado sus garras con el movimiento provida y al introducir sus ideas conservadoras en Washington, erradicaron la antaño fácil suposición de que toda mujer debía ser proelección y liberal en lo tocante a los asuntos femeninos. Mas el movimiento femenino no ha terminado. En la última encuesta 2012 de la revista *Ms.* una mayoría femenina (55 por ciento) se identificó como feminista. Y como demostró la reciente elección, esas mujeres aún debaten —apasionadamente— asuntos como el aborto, la igualdad salarial, la violencia de género y el acceso al control de la natalidad. Saben que esos temas tienen que ver con el poder y si de poder se trata, no pueden darse por vencidas. **NW**

Eleanor Clift es colaboradora de *Newsweek* y *The Daily Beast*, y panelista del Grupo McLaughlin.

EN SENTIDO HORARIO DESDE ARRIBA, A LA IZQUIERDA: TONY ROLLO PARA NEWSWEEK, BERNARD GOTFRYD PARA NEWSWEEK, ROBERT R. MCLEROY PARA NEWSWEEK (2), BERNARD GOTFRYD PARA NEWSWEEK, ROBERT R. MCLEROY PARA NEWSWEEK, ROBERT R. MCLEROY PARA NEWSWEEK, ROBERT R. MCLEROY PARA NEWSWEEK